

167

PELICULAS

Novela Semanal

El Camino de la Gloria

por
France Dhelia

25
CTS



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 11 :: 25 CTS.

LE CHEMIN DE LA GLOIRE
1927

Adaptación literaria del cine drama en cinco partes

El camino de la gloria

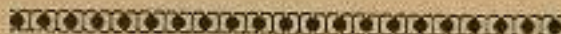
Obra póstuma de la malograda estrella francesa
FRANCE DHÉLIA auxiliada por los conocidos ac-
tores CONSTANT REMY GENICA MISSIRIO

Exclusivas Vilaseca y Ledesma S. A.

LAYETANA, 23 1-1 BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 9251 BARCELONA



PRIMERA PARTE

En la calma del puerto dormía el trasatlántico, fatigado, sin duda, de cabalgar sobre los lomos de las olas. Llevaba ya una buena temporada de navegación de un extremo a otro del Atlántico y la Compañía había decidido llevarlo a limpiar fondos. Con tal motivo, la oficialidad, entre quienes encontramos al médico de a bordo, Andrés Berny, se proponían divertirse durante los días que la casualidad les deparaba en tierra, en aquella tierra que rara vez pisaban por más de un día o dos.

Departaban en la cubierta del barco. Los cascos se iban a ver a sus familias; los que como Andrés militaban en el campo de la soltería, formaban planes para pasarlo lo más divertidamente posible. Tiempo les quedaría de volver a aburrirse sobre la azulada superficie sin límite.

—Yo —decía Andrés Berny— sólo desearía poder encontrar en estos días algún enfermo del estómago para tratarlo en las horas que me dejaran libres mis diversiones.

Eres un hombre fuerte, Andrés — le replicó un oficial—. No piensas más que en encontrar enfermos; en tu ciencia, en tus estudios... ¿No te valdría más encontrar una rubia sana y fuerte, como esas escuensas de Glasgow, para que te quitara el aburrimiento y las ganas de estudiar? ¡Señores, si un día te vas a quemar los ojos!

Rieron los demás la «bontade» del compañero, que después de todo no decía más que la verdad.

—Tengo plena confianza en mi tratamiento para las enfermedades del estómago que hasta ahora parecían incurables — dijo Andrés — y si estos días pudiera encontrar algún «caso»...

Y al decir esto, los ojos del apóstol de la ciencia, parecían iluminados por la luz de la fe que arde incesante en su alma.

Como todo marino cuando llega a tierra, los oficiales del gran trasatlántico que nos ocupa, una vez hubieron cambiado sus ropas en el hotel que cada uno escogió para su estancia en la ciudad, salieron en busca de las ansiosas aventuras.

Andrés fue como todos. En el cabaret a donde fuere en busca de la ficticia alegría que dan las mujeres fáciles y el champán, encontró a una muchacha llamada Susana; una verdadera belleza a cuyo lado las horas parecían minutos por su charla deliciosa y su alegre temperamento.

Por la noche, en la cama del hotel, el marino hacía balance de las locuras del día y entre el confuso tropel de recuerdos, como algo que destacaba sobre todo, cual fantasma que viniera a cobrar el sueño, aparecía

la figura de Susana, simpática y decididora.

Y en el mismo instante, en otro cuarto del hotel, esta joven cuyo recuerdo turbaba el sueño del marino, hallábase presa de unos dolores terribles, ocasionados por su enfermedad del estómago, enfermedad que su médico de cabecera había dejado de tratar por incurable. La doncella, asustada por el cada vez más semblante de su señorita, salió a requerir el auxilio de los demás servidores.

—¡Mi señorita se muere!... No la he visto nunca como ahora.

Aquí mismo lay un médico... un marino... en el cuarto 48—dijo uno de los criados.

Genoveva, la del sirviente, salió disparada en busca del doctor que se habían indicado y momentos después Andrés Barny se hallaba en el cuarto de la deliciosa Susana, a quien auscultó detenidamente. El buen Barny, creyó enloquecer al comprobar la naturaleza del mal: allí estaba su «caso», el «caso» con tanta ansia buscado. El destino se había portado bien con él.

Desde luego vió que el estado de la pobre artista era desesperado. La joven que cada noche daba un paso más camino de la sepultura, ingiriendo las horribles consumaciones del cabaret, entre risas y cantos, no tenía remedio. Es decir, lo tendría únicamente con su tratamiento.

Barny no lo había aplicado jamás, y en un principio dudó en aplicarlo a aquella mujer que tanto había conseguido interesarle. Pero esta duda fué sólo momentánea. Su conciencia se tranquilizó bien pronto pensando que su tentativa era lo único que podía librarla

de la muerte. Y después de todo ¿qué importaba una vida si con ello conseguía realizar a la Humanidad el gran servicio que tantos y tantos desvelos le había costado? ¿Qué importaba que fuera bonita o fea? ¿Tenía otro remedio posible? «¡Al demonio las preocupaciones pueriles!» pensó por fin. El destino la había colocado en su camino y puesto que la vida de aquella mujer no le era indiferente, razón de más para que a toda costa tratara de defenderla.

Le plió unos calmantes que solucionaron el conflicto de momento y cuando ya estuvo más repuesta, le dijo:

Espero que con el tratamiento a que voy a someterla, no será nada de tuidada. Una semana de cama y volverá usted a ser la reina del *muñe-koll*.

Susana movió la cabeza en señal de duda.

Es usted muy optimista, doctor. Mi médico de cabecera me ha dejado ya por una cosa imposible... Sé que mi mal no tiene remedio. Por eso me ha visto usted tan alegre, tan despreocupada. Aunque le parezca un contrasentido, es así; me quedan meses de vida, días tal vez... ¿Qué hacer sino divertirme, gozar del mundo y de la vida que se va?

Usted es una mujer fuerte, Susana—repuso el doctor—. Cuanto más la miro, más me asombra la fortaleza de su alma. ¡Debe vivir y vivirá!... ¡Quiero que viva! Mañana volveré y comenzaremos.

Al día siguiente, tal como lo había anunciado, el doctor Berny comenzó su tratamiento.

SEGUNDA PARTE

Pasaron los días y con ellos fué creciendo la aproximación entre el doctor y la enferma. Susana notó, desde luego, que el doctor era un hombre en absoluto diferente a cuantos había conocido. Al principio, creyó que Berny, como tantos otros, se había acercado a ella con el fin de poseer sus encantos, pero bien pronto se convenció de que en la mirada de aquel hombre no palpitaba ningún deseo pecaminoso.

El hecho no dejaba de ser para Susana tan nuevo como asombroso. Desde el primer día le dijo al doctor: «Yo no quiero ser un amigo tuyo como los demás; mi misión es curarte y hacerte la vida agradable». Y así lo venía haciendo, sin pedir nada en cambio.

Susana, la mujer que en todos los restaurantes tenía la costumbre de elegir los platos más caros, las comidas más costosas, (comidas que algunas veces costaba no poco trabajo el pagarlas a sus admiradores), se convirtió en una mujer de gustos modestos, sin que ella misma pudiera explicarse el motivo y sus énfasis disputas con el doctor, eran por la parcuedad de sus gastos.

Tú no eres como los demás hombres, Andrés—le dijo un día cuando el trato cons-

tante había llegado a crear en ellos una intimidad casi de hermanos. Te veo tan por encima de ellos y de mí...

Al hacer esta confesión que su boca había dicho tantas veces, sin que la sintiera su corazón, notó que se coloraban sus mejillas y experimentó la misma turbación que una cáñida colegiala al recibir las primeras palabras de amor.

Llegó por fin el día de la partida que fue también el de la última inyección. Con el último pinchazo, vino a truncarse aquel idilio entre la mujer experimentada y el hombre maduro, idilio que, por la timidez de ambos, hija únicamente del cariño verdadero, tenía todas las dulces sensaciones de un primer amor.

—Me voy Susana—le dijo el emocionado—. Han acabado la reparación del barco y partimos hoy mismo. Quisiera saber el resultado de mi experimento, al que he consagrado una buena parte de mi vida, pero el deber es el deber, amiga mía. Dentro de unos meses tendré una licencia y entonces volveremos a vernos.

La triste noticia, no por esperada menos temida, llenó de consternación a la enamorada muchacha.

—No me hago ilusiones, Andrés—dijo conmovida—. Tengo fe en que me curaré; más aún, tengo seguridad de que me has curado; pero en cuanto a volver a verte... ¡Las mujeres como yo no podemos ser felices!...

Dejó Andrés a su adorada con la pena consiguiente, ya que con la desagradable noticia pareció precipitarse la reacción que esperaba,

y lo mismo podía terminar con la muerte que con la total curación, y marchó a cumplir con el deber, que si siempre le había parecido arduo, en aquella ocasión le parecía terrible.

—¡Todo ha concluido entre nosotros!... murmuró ella llorosa al ver que salía por la puerta del salón la silueta de aquel hombre excepcional.



Lanzaba el sol sus rayos postreros sobre la inmensa llanura azulada del mar, cuyas hondas por milagro de la luz parecían de oro y encaje, cuando la sirena lanzó su primera llamada. Andrés, impaciente por saber el estado de su adorada enfermita, mandó a preguntar por su estado a uno de los enfermeros de a bordo que se presentó en su camarote en el instante en que el barco daba la tercera y última llamada.

—Señor doctor—dijo el joven—, la sirvien-

ta me ha entregado esto llorando y me ha dicho que su señorita está muy grave.

Abrió Berny el envoltorio tan pronto se fué el portador y encontró dentro un gran retrato con esta sencilla dedicatoria: «Para Andrés, con todo agradecimiento: Susana». En uno de los extremos de la fotografía, dos o tres manchas todavía húmedas, denotaban la huella de lágrimas recientes. Besólas el doctor con verdadera unción y cogió el retrato en uno de los ángulos del camarete, sobre su mesa de trabajo. Al amor perdido se unía la incertidumbre de no poder saber si sus esfuerzos en pro de la humanidad habían sido sólo un sueño, que había dado al traste con una vida...

Era ya bien entrada la noche, se habían perdido en altér ntar los últimos resplandores emitidos por las rojas luces del barco, cuando la fiel Genoveva entró por centésima vez en el cuarto de su señorita.

Esta yacía postrada en la cama con el semblante descompuesto; perlabá su frente un tenue sudor frío y apenas si se le notaban las pulsaciones. Ante la gravedad de la situación, la desesperada familia se creyó en el caso de mandar a buscar al doctor Eduardo Anvers, un hombre viejo y simpático que hasta la llegada de Berny había sido el médico de cabecera de la bailarina.

El bondadoso doctor que tantas tentativas infructuosas había hecho para salvar a la joven, no pudo ocultar un movimiento de sorpresa después de reconocerla, y a sus labios de hombre experimentado, asomó una sonri-

sa que en el fondo no dejaba de llevar algo de escepticismo.

—Yo me creí que estaba muerta, señor...— dijo la criada enjugando sus lágrimas.

—Ha sido solamente un síncope sin importancia— repuso el médico acariciando a la enferma que lentamente volvía en sí—. ¿Pero quién te ha estado cuidando?—añadió—. Veo señales de pinchazos recientes...

—El doctor Berny; Andrés Berny, un médico de un vapor... Acaba de salir para Nueva York... Quizá vuelva algún día a verme, como me ha dicho, pero no tengo mucha confianza.

No escapó al viejo galeano que en su enferma se había operado una especial transformación y desenso de estudiar aquella nueva fase, de la para él incurable enfermedad, le prometió que volvería al día siguiente.

—Me interesa mucho tu enfermedad, Susana—le dijo—. Mañana volveré y te pondré en observación.

—Has hecho muy mal en llamar al doctor Anvers—le dijo Susana a su doncella luego que el doctor hubo salido—. ¿No sabes que Andrés me había curado ya completamente?

—Yo no tenía su fe, señorita, y créame, ha habido un momento en que esperé que no la volvería a ver abrir los ojos...

—No, no corría peligro de morir... fué solamente que una parte de mi alma voló a reunirse con él... con Andrés...

El doctor Anvers siguió paso a paso, con asombro y curiosidad, la convalecencia y la maravillosa curación de Susana.

—No es posible que el inventor de ese sue-

ro siga envuelto en la obscuridad y en el anónimo—le habla dicho muchas veces—; lo tengo que ver, que darle a conocer. Si algún día sabes dónde está, no dejes de avisarme inmediatamente. Con las amistades que yo tengo en París, podemos hacer que se ocupe de él la Academia de Medicina; darle el éxito que merece...

Por muchos deseos que el doctor Anvers tuviera de encontrar a su admirado colega, no eran menores los de Susana. Las cartas que le había escrito después de su partida, le habían sido devueltas con la insinuación: «No pertenece ya al mundo», y, en estas circunstancias, no tuvo más remedio que esperar a que un incidente fortuito lo pusiera de nuevo en su camino.

El tiempo siguió su marcha, indiferente a los afanes de los hombres y mientras tanto, Andrés Berny, que había abandonado el trasatlántico, navegaba por mares lejanos en un yate de recreo propiedad de un millonario inglés.

Susana, fuerte y saludable como nunca, había vuelto a ser la mujer admirada y codiciada; la reina del cabaret que enloquecía con sus danzas.

TERCERA PARTE

Al cabaret donde Susana reinaba por fuero de su hermosura comenzó a asistir dia-

riamente cierto joven millonario que no tardó en quedar prisionero en las redes de la bella danzarina. Cierta día en que el millonario «sportman» pareció retrasarse más de lo que tenía por costumbre, creyó Susana que dejaría de asistir al establecimiento y terminada la función, comenzó a bailar con los demás concurrentes.

Pero Rogelio de Albigny, tal era el nombre del joven millonario, no dejó de acudir, y desde aquel punto y hora, Susana le dedicó su tiempo por entero, con gran disgusto de un joven mozo que hasta aquel instante había sido su favorito.

—Ya creí que no vendrías hoy—le dijo ella mirosa.

Primero dejaría de ponerse el sol o de salir las estrellas, Susana. Te quiero demasiado para poder pasar la noche tranquilo sin antes haber recibido las caricias de tus ojos.

Tras corto intervalo de charla salieron ambos a bailar y sucedió lo inevitable: el descontento mozo se creyó con arrestos para imponerse por la fuerza al «señorito» que con sus millones le había arrebatado la hembra, y lo que comenzara como violenta disensión, acabó en batalla campal. Todos se conciliaron contra el «pollo perra» y gracias a sus esfuerzos de atleta, pudo éste salir con bien de aquel trance, llevándose consigo a Susana. Metiéronse ambos en el diminuto automóvil que esperaba ante la puerta de entrada y en un momento se plantaron en el sumptuoso domicilio del acendrado manco.

El ambiente de lujo y refinamiento en que Rogelio se movía, fué para Susana algo tan

nuevo y sugestivo que le pareció aquella mansión un encantado palacio de cuento de hadas.

—¿Qué miedo le pasado!—dijo ella al verse ya en lugar seguro.

—Yo estaba tranquilo—epuso él, mostrando un revólver—. Llevo siempre conmigo este compañero fiel.. Afortunadamente, he podido salir sin pedirle su ayuda, que siempre trae medianas consecuencias.

—En medio de todo, no deja de ser divertida esta situación, ¿verdad, Rogelio?

—Yo tengo una gran alegría de verte en mi casa Susana...

—Hasta mañana solamente—le atajó ella.

—De eso ya hablaremos. De momento debes estar fatigada con tantas impresiones y lo más acertado es que te vayas a descansar. Voy a mandar que te conduzcan a tu habitación.

Tocó Rogelio un timbre y apareció un criado, restregándose los ojos, como si no pudiese dar crédito a lo que veía.

—Sí, hombre, sí; una mujer—dijo el joven al notar la extrañeza de su servidor—. Dile a la doncella que la acompañe al salón azul y que se ponga a sus órdenes para lo que la señorita necesite.

Al día siguiente, cuando Rogelio regresaba del espléndido parque que rodeaba su palacio, de hacer sus habituales ejercicios de gimnasia, se encontró con la doncella, que iba corriendo a su encuentro para avisarle de un sin fin de catástrofes.

—Esa joven que vino ayer con usted, está en su bañera—dijo la doncella atropelladamente—. Ha revuelto el guardarropa del señor de

arriba abajo y no ha parado hasta encontrar una prenda que le fuera bien para bañarse. ¡El colmo, señorito!...

Déjese de historias y vaya a decirle que está ya dispuesto el desayuno, y que si desea hacerme compañía, puede venir cuando quiera.

Saló la doncella, meliza y cabizbaja, y mo-



mentos después se presentó Susana con un albornoz de su amigo. Rieron los dos de la graciosa anécdota y entre sorbo y sorbo del exquisito socorusco, comenzaron las confidencias.

—¿Te encuentras a gusto aquí? le preguntó él.

—Sí. Si te dijera lo contrario, diría una gran mentira y me gusta decir la verdad.

Illumináronse los ojos del mozo ante la sincera respuesta y más animado, prosiguió.

—¿Y qué le parecería si te hiciera prisionera y no te dejara escapar nunca más?

La proposición era por demás tentadora. Cansada ya de danzar ante un público grosero, que no paraba matices en su arte y miraba únicamente los encantos de la mujer tentadora, para Susana, era aquella una solución harto más decorosa que la de seguir en el cabaret, cuyo final no se le escapaba. Quedó un momento pensativa, como si dudara de que tanta belleza era una realidad evidente y viendo que el mozo la miraba con insistencia, cual si de su respuesta pendiera su vida, le tendió su blanca mano, que él besó con avidez.

—Debo advertirte que soy celoso... terriblemente celoso y que al menor indicio soy capaz de matarme con cualquiera. Por eso, antes de pasar adelante, te exijo que me digas la verdad. ¿Tú no amas a nadie?

—Absolutamente a nadie—dijo la muchacha con voz firme.

Embebiada por la felicidad, hasta después de pronunciadas sus palabras no se dio cuenta Susana de que había dicho una mentira. ¡Pero su amado estaba tan lejos! ¿Quién sabe si no soñaba con una ilusión, con un imposible? No debía sacrificar su vida y su bienestar a una utopía... Quizá su Andrés no volviera más...

CUARTA PARTE

Susana, presentada en todas partes como una muñeca de lujo, compartió la vida mundana de Rogelio; pero sufrió también sus caprichos extravagantes y el suplicio cotidiano de los celos. Los corazones se ganan por la fulzura, no por la opresión y Susana, pese a sus buenos deseos, no pudo entregarse por entero a aquel hombre de temperamento impulsivo, que parecía la encarnación del moderno Otelo.

Cierta día, en el palacio de Rogelio, se presentó su afiltra del año anterior: Miss Mary Solway, una inglesa rubia e intrigante que no parecía muy resignada a perder la amistad del joven.

—Es usted un ingrato...—le dijo acariciándolo con sus ojos azules.—¿Por qué me tiene tanto tiempo sin sus noticias?...

—Le ruego que me perdone, Mary... pero hace una temporada que estoy muy ocupado con ciertos asuntos que apenas si me dejan un momento de libertad y...

En aquel instante se abrió la puerta del salón y se oyó una voz femenina:

—Rogelio...

Al ver Susana que el joven se hallaba en compañía de aquella dama desconocida cerró la puerta con presteza, no sin cierta preocu-

pación. La inglesa miró significativamente a su amigo y levantándose, le dijo con cierto retintillo en la voz:

—Ahora comprendo sus extraordinarias ocupaciones... De todos modos, esto no es obstáculo para que sigamos siendo buenos amigos.

Al partir la aristocrática dama inglesa, Rogelio se encontró con la interrogativa mirada de su amada.

—Es una amiga de mi familia, una conocida con quien he coincidido una o dos temporadas en Deauville...

Aceptó ella resignada esta explicación. No tenía derecho a más, ni quizá a tanto, pero bien claro se veía que no acababa de creer la púdica mentira. Rogelio lo comprendió así, y como en el fondo, a su manera, le profesaba una gran estimación, creyó oportuno sincerarse.

—¿A qué ocultarte la verdad, si tú la comprendes de sobra?—le dijo—. Es cierto que hubo entre nosotros algo, ciertos vagos proyectos de matrimonio; pero esto son cosas que pertenecen al pasado, y el presente, lo único verdadero, eres tú.

—Bah!... yo soy ave de paso... la aventura de unos meses, de un año quizá... Pasaré por tu vida sin dejar rastro, como han pasado tantas otras...

—No, Susana, por mi vida no pasará nadie más que tú! Te amo como no he amado nunca en la vida y es por esto por lo que te doy todas las explicaciones, que en caso inverso, en el caso de que tú te enfrentaras con una situación idéntica, no vacilaría en exigirte,

El acento del joven parecía tan sincero, tan elocuente, que Susana no creyó necesarias nuevas pruebas.

Entretanto, por un capricho del azar, el yate del conde Tavernay, amigo común de Rogelio y de Mary Solway, enfilaba su proa al puerto de la ciudad en la cual se desarrollaban todos estos acontecimientos. Y allí, en uno de los lujosos camarotes de popa, pendiente de la pared barnizada, lustrosa y brillante como un espejo, pendía el retrato de la bella Susana, de cuyo recuerdo había hecho un culto el doctor de a bordo.

Los periódicos de aquella mañana publicaron la noticia y Mary Solway fué de las primeras en visitar a su aristocrático amigo.

—¿Cómo no ha venido con usted Rogelio de Albigny? ¿Acaso no está en la ciudad?—le preguntó el conde, extrañado de no verla en compañía de su amigo.

—Sí, pero apenas si le veo. Anda recluido en su palacio como un asceta y parece que huve de la sociedad. Ocupaciones... añadió la hermosa nieta lanzando un suspiro casi imperceptible.

Era una mañana de primavera, ribia y espléndida, y Rogelio y Susana salieron al puerto a practicar su deporte favorito. Desde la borda de su balaandro vió el joven que no lejos de ellos se hallaba anclado el yate «Sahmna», propiedad de su excelente amigo, y viró rápido para ir a estrechar su mano.

Escasamente había concluido Rogelio de presentar a su amada cuando acerió a pasar por aquella parte de cubierta el doctor Berny, que al verla se quedó como petrificado, cual

si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

Otra tanto le ocurrió a Susana, quien tras el inevitable movimiento de sorpresa que le produjera la súbita aparición de su salvador, se precipitó en sus brazos.

Rogelio, sorprendido a su vez por la ilicible conducta de su adorada, interrogó al conde con la mirada e hizo ademán de abanzarse sobre el desconocido.

—Es el doctor Andrés Berry, el médico de mi yate—dijo el conde, conteniéndolo.

No escapó a Berry el movimiento de Rogelio y, creyendo necesario dar una explicación de su actitud, exclamó con voz todavía velada por la emoción:

—Les ruego a ustedes que me excusen... pero encuentro a una enferma por la que me tomé gran interés y a quien creía muerta... Su curación me parece un verdadero milagro. Y esto me alegra tanto más cuanto que veo que mis esfuerzos en pro de la ciencia no han sido baldíos...

—Fue el doctor Berry quien me curó cuando estaba desahuciada por todos los médicos—repuso Susana—. Ya comprenderán ustedes hasta qué punto le debo gratitud.

Berry y Susana se alejaron del grupo y marcharon hacia la popa del buque, dejando a Rogelio en compañía del conde.

—El doctor Berry—decía este último—es un investigador incansable; un hombre excelente para quien en el mundo no existe otro amor que la ciencia. Uno de los motivos que le impulsaron a dejar la alta navegación, donde indudablemente, encontraba más provecho material, fue la tranquilidad de mi yate, donde

tiene todo el tiempo que necesita para dedicarse a sus experimentos.

Entretanto, el doctor y su adorable enferma sostenían animada conversación. ¡Tenían tantas cosas que decirse!...

—¡Qué dichosa soy de verte otra vez a tu lado, Andrés!...

—¿Y yo? No puedes imaginarte mi alegría... ¡Verte llena de fuerza y de salud, cuan-



do a todas horas me acusaba de tu muerte!... No te lo había dicho nunca, Susana, pero la primera y la única persona con quien he ensayado mi procedimiento contra las úlceras cancerosas fuiste tú y no puedes imaginarte las veces que mi conciencia me reprochaba el haberte inmolado en aras de una utopía, hija de mi exaltado cerebro de investigador!... ¡Cálcula, pues, cuál no será mi alegría! ¿No te ha visto después ningún otro médico?

—Sí, me ha visitado el doctor Anvers, el mismo que me desahució, y el buen hombre no salía de su asombro al ver mi curación. Por cierto que me repitió infinidad de veces que le avisara si alguna vez te vela y voy a hacerlo hoy mismo.

Al regresar a su palacio, a solas ya con Susana, le faltó tiempo a Rogelio para dar rienda suelta a los celos que lo devoraban.

—¡Quiero saber lo que ese hombre ha sido para ti!... ¡No trates de engañarme, que conmigo no se juega, Susana!...

Fueron inútiles las protestas de la pobre muchacha. El joven millonario no atendía más razones que las que le dictaba su propia simpatía.

Bien ignorante del temperamento celoso de Rogelio, Andrés fue aquella tarde a visitar a Susana, impaciente por conocer extensamente los detalles de su curación. Para el investigador aquel milagro representaba el acontecimiento más grande de su vida; su satisfacción como sabio y la tranquilidad de su conciencia. En el fondo también guiaba sus pasos el deseo del enamorado; pero eran tan grandes los otros sentimientos, que ni siquiera pasó por su mente la idea del amor.

—He hablado con el doctor Anvers y me ha dicho que mañana a las diez te espera en el hotel Excelsior. Me ha recomendado que, sobre todo, por tu propio interés no dejes de acudir.

Susana lo recibió con la alegría que es de suponer.

Iba Berny a contestar a su amiga cuando

se abrió una de las puertas que daban al salón para dar paso a Rogelio, cuyo semblante descompuesto e iracunda mirada denotaban bien a las claras cuán poco grata le era la presencia del doctor.

—Tenga usted la bondad de disculparme — exclamó Berny al verle—. Necesitaba hacer esta visita para mí de capital importancia.

—¿Aviso Susana necesita todavía de sus cuidados? — preguntó el celoso con duro acento.

—Afortunadamente, no. Si he venido ha sido tan sólo por enterarme al detalle de los resultados del tratamiento a que, como usted sabe, la sometí. Puede usted estar seguro que sólo el interés de la ciencia me ha impulsado a hacer esta visita, que jamás creí podía serme tan desagradable...

Las últimas frases del doctor exasperaron a Rogelio, que hizo además de abalanzarse sobre él. Susana, que a la sazón se hallaba entre los dos, cubrió con su cuerpo el de su adorado Andrés.

—¡Ya sabía yo que no me equivocaba! — exclamó el joven con despectiva sonrisa—. Vea usted a dónde la guía su corazón... Estaba entre nosotros dos e inconscientemente se dirige hacia usted... Son estos pequeños detalles los que nos revelan los grandes sentimientos.

—Permítame le diga que en este instante se equivoca usted, señor mío. Es un acto puramente instintivo... Sin querer, busca la protección del que le salvó la vida.

—Los actos instintivos son precisamente los únicos que no dejan lugar a dudas, señor Berny.

ny. Como doctor, debe usted ser también un poco psicólogo y no ignora conocerá esto aun mejor que yo...

—Por eso precisamente, sé que en la vida hay sentimientos que se sobrepone al amor; éstos son el cariño, la ternura, el agradecimiento... algo que sólo conocemos los médicos y los sacerdotes.

Berny, cortés y digno, comprendió que la discusión con aquel hombre, alusando por los celos, no podría llegar jamás a buen término, y, deseoso de no prolongar más el sufrimiento moral de Susana, se retiró sin añadir palabra.

De acuerdo con lo que le dijera Susana, Andrés fué al día siguiente a entrevistarse con el doctor Anvers, quien le mostró varias fotografías y le dió toda clase de detalles acerca de la maravillosa curación de la joven.

—Con todo este material demostrativo, que tomé con la esperanza de que algún día lo podríamos presentar a la Academia de Medicina, iremos a París y yo le garantizo que su nombre será bien pronto conocido en el mundo entero. Ello no obstante, quise, querido colega, que antes de partir debemos hacer un serio reconocimiento a la enferma, los dos juntos, y tomar los últimos datos de su estado actual para así completar nuestra documentación demostrativa.

—Cren, amigo mío, que eso del reconocimiento va a ser un poco difícil. Ayer le hice una sencilla visita de cumplido y por poco más no ocurrió una catástrofe.

Explicó Berny a su colega cuánto le aconteciera el día anterior y el viejo doctor fué

hacia la mesa escritorio, donde redactó la siguiente misiva:

«Susana: Haz el favor de escaparte de la jaula en que yaces encerrada y ven a verme. Berny y yo necesitamos examinarle antes de marchar a París y nos vamos mañana. A las mujeres nunca os faltan pretextos. Inventá uno y ven.

«Anvers.»

La petición del doctor no podía venir en peor momento. Precisamente aquella noche, Rogelio, deseoso de obsequiar a su amigo el conde Tabernay, había organizado una fiesta en su palacio y Susana debía necesariamente hacer los honores a los invitados. Pero antes que los deberes sociales estaba el deber del agradecimiento y, al efecto, cuando mayor era la animación en los salones, se acercó a Rogelio y le dijo:

—No me encuentro bien, Rogelio. Tengo un dolor de cabeza horrible. Si no te parece mal me iré a acostar... Disculpame ante los invitados.

Mary Solway había oído las explicaciones de Susana, y como le pareciera notar que la joven no decía la verdad, se puso al acecho. Su espionaje le dió por resultado el verla partir a través del jardín, envuelta en un chal, y le faltó tiempo para ir a sembrar la desconfianza en el ánimo de su celoso amigo.

¿No le parece un poco extraña la enfermedad de su amiga? Si yo estuviese en

su caso no vacilaría en echar una ojeada a su habitación, Rogelio.

Este, que sabía cuán pocas simpatías sentía miss Mary por Susana, no dió de momento importancia a sus solapadas palabras; pero, celoso como era, tampoco pareció muy tranquilo. No obstante, como sus delirios de ambición le retenían, esperó al final de la reunión, que hizo lo posible por apresurar.

QUINTA PARTE

Casi al mismo tiempo que concluía la fiesta acababan los doctores de examinar a Susana. Concluido el examen, Berry la acompañó hasta los jardines del palacio en que vivía. ¡Era tan agradable la compañía de aquella dulce muchacha!

Durante el corto trecho que mediaba entre el hotel y la vivienda de la joven, Andrés le habló con entusiasmo de sus proyectos, dando por descontado su triunfo. Sólo sentía, pero este sentimiento lo guardaba en su interior, no tener a quien ofrecer la gloria que el tal descubrimiento había de proporcionarle.

Susana, entusiasmada con la prolongación de aquella entrevista, sin darse cuenta cabal del peligro que podía sobrevenirle, dejaba correr la fantasía de su amado. Al llegar ante la puerta del jardín lo hizo penetrar y lo condujo hasta un banco cercano al palacio. Ba-

ñaba su rostro la luna y en el silencio de la noche las frases del amado, sus ilusorios proyectos, tenían todas las armonías de una música desconocida.

—Te he hecho venir hasta aquí porque quería sentirme una vez más cerca de ti... sin nadie entre nosotros—dijo ella acrobada—. ¡Es tan dulce esta soledad!

—Yo quisiera decirte una cosa...—añadió tras un momento de silencio—, pero no, no... ¡Mis labios mintieron siempre al decir esta palabra!...

Te escucho, Susana—repuso él, presintiendo la confesión que iba a darle la felicidad—. Habla sin temor...

—No me alrevo, Andrés... Déjame que lo piense solamente. En el pensamiento esta palabra se conservará siempre para, sin mancharse al pasar por mis labios, que tantos han besado... Después de todo, no tengo derecho a quejarme. Mi cuerpo ha servido para tu ciencia... para tu gloria. ¿Verdad que aunque sólo sea por esto puedo estar orgullosa?

Y al decir esto unas dulces lágrimas de resignación y de tristeza descendían lentas por sus mejillas, que parecían de rosa y nácar.

Andrés, ebrio de gozo, se contempló en los ojos de la amada y cifó su tallo con ambas manos. En aquel mismo instante se oyeron unos pasos que avanzaban rápidamente a través de la calle de arcén y surgió ante ellos Rogelio, que al verlos hizo ademán de sacar el revólver. Al marchar el último invitado había ido a las habitaciones de Susana y, no viéndola, salió en su busca, seguro de que se había marchado con el doctor. Oyó voces

cundo pasaba por el jardín, y, al sorprenderlos en amoroso coloquio, se sintió dominado por la ira.

Antes de que pudiera disparar, Andrés le sujetó la mano armada y se entabló entre ambos una lucha terrible. También el doctor era un atleta, si bien no tan fuerte como Rogelio; pero la proximidad del peligro centuplicaba sus fuerzas. En uno de los forcejeos se disparó el arma y el tiro alcanzó a Sasana, que cayó al suelo lanzando un grito penetrante.

Llegaron presurosos los criados y Rogelio, con un cinismo incomprensible, les habló de esta manera:

—¡Sujetad a ese hombre!... ¡Es un asesino!... Me ha desarmado y ha disparado contra esta pobre mujer.

Momentos después acudía la policía al palacio del millonario y éste repitió ante el juez las mismas palabras que antes dijera a sus criados. El doctor Anvers, que también había acudido, llamado por teléfono, para efectuar la cura de urgencia que el caso requería, al oír las frases de Rogelio miró a su colega con incredulidad.

—No le crea usted, doctor—dijo Andrés con firmeza—. Es una infamia que este hombre trama contra mí.

—¡Yo acuso a Andrés Barny de haber hecho fuego sobre esta mujer después de haberme desarmado!—repitió el vengativo joven con firmeza.

El doctor, que hasta entonces había parecido como anonadado, se revivió con energía y repuso en el mismo tono:

—¡Y yo le acuso a usted de falso testimo-

nio! El tiro salió sin intención durante la lucha y si habla usted de esta manera es impulsado por los celos... por su deseo de venganza.

El juez, en vista de que no lograba dilucidar la cuestión, quiso interrogar a la herida; pero ésta sufrió un colapso y no pudo articular palabra. Las pruebas parecían todas



en contra del doctor. En su consecuencia, el juez decretó la vigilancia de Rogelio en espera de la declaración de la enferma y dispuso que Beray fuera a la cárcel.

La herida produjo a Sasana una fiebre intensa que la hizo delirar durante varios días. En este interregno, Rogelio, comprendiendo que su libertad duraría tanto como Sasana tardara en recobrar la razón, cediendo a las sugestiones de miss Mary Solway, dejó una

carta al juez y partió para Inglaterra en compañía de su amiga.

Al día siguiente de haber partido el joven, uno de sus criados entregó al juez la carta referida, redactada en estos términos:

«Señor juez: Confieso haber levantado un falso testimonio. El doctor Berny tenía razón al afirmar que el tiro salió sin intención en el curso de la huida. Cuando estas líneas lleguen a su poder habré ya pasado el canal de la Mancha y probablemente me encontraré ya en Londres, donde pienso residir hasta tanto no haya terminado el proceso y sepa el tanto de culpa que me corresponde.

«Le saluda respetuosamente,

«*Rogelio de Aubigny.*»

Momentos después de recibirla la misiva, el digno magistrado ponía en libertad al doctor Berny y éste se trasladó acto seguido a la clínica donde se hallaba Susana, que parecía haber entrado ya en franca mejoría.

El doctor Anvers le dio cuenta detallada del estado de la enferma.

—He conseguido extraerle la bala y está ya completamente fuera de peligro. Unos quince días de reposo bastarán para que Susana vuelva a ser la chiquilla negra de siempre; pero, créame usted Berny, si la ciencia y el

amor a la Humanidad no nos ordenaran hacer lo posible para salvar a todos los enfermos que caen en nuestras manos...

—¿Qué quiere usted decir?—interrogó Andrés.

—Quiero decir que le habrán hecho un gran favor dejándola morir. ¿Qué será ahora de esa pobre niña? Cada vez que pienso que ha de volver a vivir su vida de antes...

Su cuerpo me ha servido para dar mi primer paso en el camino de la gloria, amigo Anvers; sería una gran ingratitud dejarla que corriera su suerte... No puedo abandonarla... Seguirá a mi lado hasta que ella quiera...

Una semana después Susana hallábase ya en el jardín sentada sobre un sillón de ruedas. Un sol de primavera, dulce y acariciador, besaba su rostro nacarado, al que lentamente iban volviendo los colores. Andrés, sentado junto a ella, le dio la noticia de la fuga de Rogelio.

—Sola, Andrés... ¡siempre sola!—murmuró la infeliz.

—Sola, no... ¡Conmigo! Anvers y yo marcharemos a París tan pronto tú te encuentres bien. Vamos a fundar allí una gran clínica y te vendrás con nosotros...

Tomó ella las manos del amado y las besó en señal de gratitud, dejando que por ellas corrieran sus lágrimas.

—Ya verás...—prosiguió él no menos emocionado, acariciando su rostro—. Serás nuestra primer enfermera, trabajarás a nuestro lado... y tu vida seguirá en una senda recta

y serás más limpia, más pura y más útil de lo que ha sido hasta ahora.

Y ¿quién sabe—concluyó, abrazándola—sí, dignificada por el amor verdadero, siguiendo por este camino de sacrificio no encontrarás un día la felicidad que tanto has buscado?...

VIN

